

ñor que también los sabe pagar y premiar. Fué su paciencia como de hombre tan manso y sufrido, y que echaba bien de ver cuan al cabo estaba de la colmada paga que Dios sabe dar por su amor, pues si estos y las miserias de la vida no tuvieran un tan buen fiador asíduo al fin y remate de ellas, que es la fe, y firme esperanza que el verdadero religioso siervo de Dios debe tener en el premio que por ellos se consigue; dificultosos fueran de llevar, y pusieran espanto á los robustos y animosos, y no hay duda, sino que espantaran y asombraran, y picara mucho la disciplina, enfadara el ayuno, lastimara el cilicio, el sufrir oprobios fuera penoso, la pobreza fuera enfadosa, intolerables los trabajos y enfermedades, así al rico como al pobre, al gran señor como al humilde siervo; todos mostraran á estas cosas mala cara, y cansara la vida y sufrimiento en ellas; pero como todas tienen un final, como es Dios sumo bien nuestro y nos lo enseña la fe, sin máscara y rebozo alguno, y que después de esta vida caduca, breve y perecedera, esperamos otra felicísima y gloriosa, eterna y bienaventurada, de tantos bienes y felicidad, en compañía de Dios: se anima, alegre y entretiene el alma santa, para que puestos los ojos en amor de este Señor, no haya cosa que le divierta, perturbe ó inquiete, sino que antes los trabajos, las penitencias, las mortificaciones, y todo cuanto nuestros adversarios en esta vida y valle de lágrimas, pueden disponer para les poder hacer guerra, les sean gustosos, dulces, suavísimos, sabrosos y amigables. Para que no les diesen en rostro, quiso este mismo Señor ponerse por ejemplo, y para que haciéndole compañía con sus buenas obras, fuesen pacientes y sufridos en las enfermedades y trabajos de esta vida, y acercándose, ponerles en las manos el premio y descanso, y como materia tan necesaria, después de haber Cristo Nuestro Señor representado á sus Apóstoles, y en ellos á todos los de su bando, los muchos trabajos que habían de padecer, dice: *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. Los años y discurso de la vida corren con tanta ligereza como el viento, y al mismo tono y paso, los trabajos y adversidades que en ellos se ofrecen, y así pues, si el premio es tan grande,

sea la paciencia sin medida, la perseverancia en el bien sin límite, para que con ellas hallen vuestras almas el descanso verdadero. Dijo el sabio: *mejor es el varón paciente y sufrido que el fuerte*, porque el sufrido se señorea de las personas y sujeta y rinde los ánimos de los más fuertes; hace del enemigo amigo, y finalmente, vence los trabajos y enfermedades, alcanzando siempre victorias ilustres, como evidentemente se ha visto en tantos santos que han caminado por este camino, de que están las historias llenas, y se ve por momentos en nuestros tiempos en tantos siervos de Dios: y en prueba de la verificación de esta verdad, pongamos atentamente los ojos en nuestro buen padre Fray Diego Luciano, y veremos con cuanta paciencia y sufrimiento llevó este trabajo de la privación de la vista, que el Señor por sus secretos juicios fué servido de quitarle, pues jamás abrió la boca para lastimarse ni quejarse, ni buscó remedio humano; sino desde el punto que la perdió, se empleó más de veras en dar gracias á su Divina Majestad, encerrándose desde luego que se vió sin vista, y recogiendo al convento de Guadalajara.

CAPITULO CCLXVIII.

En que se trata del modo de vivir que tuvo el santo Fray Diego Luciano después que se recogió al convento de Guadalajara.

Después que el bendito padre se recogió al religiosísimo convento de Guadalajara, depósito de tantos santos como en él están enterrados, vivió más de veinticinco años sin salir más de él, ni de una celda, pasando una vida más angélica que hu-

mana, no dando más sustento á su cuerpo, aunque estaba bien flaco y macilento, que un migajón de pan y algunas frutillas de las ordinarias de la Nueva España, como eran plátanos, ahucates y guayabas; usando más de estas que de otras de Castilla, por ser fáciles de mascar, y faltarle ya la dentadura. Algunas veces comía unas habas cocidas y un poco de queso fresco, y otras, aunque muy raras, el guisadito que solía enviarle el Licenciado Bartolomé de Canal, oidor de la Real Audiencia de Guadalajara; y las veces que le enviaba este regalo, era tan limitado lo que de él comía, que nunca pasaban de tres ó cuatro bocados; y luego hacia el siervo de Dios que lo llevasen á la enfermería, de la suerte que se lo traían, para que lo comiese algún enfermo. Su ordinario comer era de veinticuatro en veinticuatro horas, y tan corta y limitada la comida, que parece vivía de milagro, como es patente á los más religiosos que le conocieron. De un pan de los ordinarios que le llevaban de ración, quitaba los cortezones, y los guardaba en una taleguilla de lienzo, y del migajón comía con un par de guayabas ó un pedacito de plátano ó medio ahuate, que nunca acababa enteramente estas cosas, y luego bebía una poca de agua, que tenía en un jarro puesta al sol perpétuamente, porque estuviese templada, y el jarro tenía metido en un costalillo, para que no le entrasen sabandijas. La comida era breve y poca, y en más de treinta y cinco años que vivió en esta santa provincia, por maravilla comía carne, ni pescado, ni otra cosa, más que unas legumbres, y de las frutillas que ya dijimos, que son para los que las conocen, y sus cualidades de bien poca ó ninguna sustancia. En algunos pueblos, decían los indios que le conocieron, que cuando comía algunas yerbas eran sin sal; con esto traía el cuerpo ligero, alegre, y el espíritu alentado y no aplomado, para ocuparse en las divinas alabanzas y santos ejercicios. Y antes que cegara, como ya dijimos, era recogidísimo, porque siempre se estaba en la celda, por ser inclinadísimo á leer libros de oración. Tenía casi de memoria á Taulero y á Ludovico Blosio, y con la doctrina de ellos y de otros espirituales que tenía aprendida, trataba

muy de ordinario con otros religiosos de su mismo espíritu y fervor.

Gastaba grandes ratos con el Licenciado Enrique Tabares, excelente médico que hubo en aquel reino, y que habiendo dado más de 600 pesos de limosna á pobres, casado muchas huérfanas y metido monjas otras en la ciudad de Guadalajara, se había recogido á una celda de nuestro convento de aquella ciudad, que los preladados le dieron, por ser hombre virtuoso, espiritual y muy devoto. De ella se iba á la celda del siervo de Dios Fray Diego Luciano á aprender nueva medicina espiritual, que él leía desde la cátedra de su cama, y allí á sus solas; trataban de estas cosas muy despacio, de que quedó tan aprovechado el Licenciado, que ya era doctor en materia de espíritu y de oración. Como tan experimentado, no se hartaba de exagerar y engrandecer el gran tesoro que Dios tenía en aquel convento, en tener al bendito padre Fray Diego Luciano, y lo mucho que valía con Dios, y el gran bien que hacía á todos y al reino.

Así que el bendito padre se vió imposibilitado de continuar el ejercicio de leer algunos ratos, dando á su alma el pasto que solía con la lección de los libros, pidió con mucha humildad (porque resplandeció en él esta virtud), á los padres, guardianes del convento de Guadalajara, y á los maestros de novicios, concediesen licencia á un corista ó novicio, para que estuviese en su celda una ó dos horas por la mañana, después de la misa conventual, y otro tanto sobre tarde, después de vísperas, para que leyese algunos libros de devoción, de contemplación, y de la Pasión y Muerte de Cristo Nuestro Señor, que para este efecto le prestaban, y muchos sacerdotes graves y ancianos, de espontánea voluntad se iban á este ejercicio, á leerle á este bendito padre, con cuya lección se enfervorizaba su espíritu, y se alentaba, y solía derramar mucha copia de lágrimas, con el sentimiento de oír y pensar lo que padeció nuestro Sumo Bien y Señor por el linaje humano, y pareciéndole hora, despedía al que le leía, y quedaba solo rumiando á sus solas la lección, y lo que le pasaba con Dios, nunca lo dijo, porque co-

mo tan recatado, siempre guardó su secreto para sí solo, que en esto fué muy remirado siempre.

CAPITULO CCLXIX.

Donde se trata de la limpieza que resplandeció en el siervo de Dios, y conservó después de ciego.

limpieza y virtud. Era muy limpio y aseado, virtud, que se vé en los santos frecuentemente, que, como tienen las almas tan cándidas y limpias, así procuran tener los cuerpos y sus vestuarios, porque así como la limpieza exterior causa agrado y devoción, al contrario, horror y enfado la porquería. Tenía este bendito padre en la celda donde estaba, unas frazadillas muy limpias, puestas al modo de alcoba al rededor y por encima de la cama, y un colchoncillo en ella, que apenas tenía dos dedos de lana, y éste clavado á las mismas tablas, que por su extremada flaqueza, que no tenía más que huesos y pellejo, le habían concedido los prelados, el cual colchón jamás se desclavó, ni se quitaron las frazadillas, de la suerte que en su principio fueron puestas, sino que de este modo permaneció todo en aquel mismo lugar más de veinte y cinco años. Jamás criaron telarañas las frazadillas, ni los rincones de la celda ni vigas, cosa que notaban muchos, y la fragancia que siempre había en ellas; y la cama de madera y tablas nunca crió chinches castellanas, y para admirarse de esta maravilla, se debe advertir que en las celdas y paredes de aquel convento, se cria en tanta abundancia esta plaga de chinches, que es necesario andar los pobres moradores sacando las camas muy á menudo, y escaldallas con legía caliente; pero algunos que se cansan y son algo lerdos, las dejan criar para que tengan en qué merecer sus hermanos. Pues

viniendo á nuestro caso, digo que con la celda de nuestro buen padre Luciano, sin prevención chica ni grande ni poner en ello cuidado de andar limpiando, estuvo siempre limpiísima y olorosa, y sin alguna duda, que como tan siervo de Dios Nuestro Señor, y tan frecuente en la oración, debió de alcanzar de la divina clemencia le librase la celda de estas sabandijas, para con más quietud de espíritu emplearse en sus cotidianos ejercicios.

Sólo para en tiempo de aguas, usaba, por las pulgas, y para librarse de ellas, de un costal largo de brin, de este modo: á las cinco de la tarde, se metía en él, puesto su hábito y capilla (que jamás se los quitó), y hacia al corista ó novicio que le atase al cuello el dicho costal, con el cordel corredizo que tenía, y metidas las manos dentro, con un decenario que tenía de cordel, se estaba de esta suerte hecho un ovillo toda la noche, hasta que por la mañana le venían á sacar del costal, y se quedaba como siempre en su cama, en la cual estuvo más de veinticinco años, por causa de que por los grandes vahidos de cabeza que tenía de su mucha flaqueza, no podía estar en pié.

El hábito, como queda dicho, jamás se lo quitó de noche ni de día, y siempre tenía la capilla cocida en él, y por el calor solía usar y poner en el cuello y cabeza, un lienzo en que se empapaba el sudor. Nunca tuvo cosas dobladas en el vestuario, porque jamás nunca tuvo más que el hábito y capilla, y paños menores, los cuales, aunque estaba ciego, cortaba él solo y los cosía, y enseñaba á los novicios este modo de cortar, que es muy bueno, y el que usan hoy muchos religiosos. El solo, á tiento, se remendaba cuando tenía necesidad de ello, enhilaba la aguja, cosiendo tan bien como si tuviera vista, de lo cual pueden certificar todos los religiosos de aquella santa provincia, y de lo que hasta ahora se ha dicho.

Era visitado de personas graves y nobles, así de la ciudad de Guadalajara como de otras del reino, y de los obispos, presidentes y oidores, y de las dignidades de la Catedral, que se tenían por muy dichosos comunicar con él un rato, y pedirle encomendase á Dios sus negocios; y salían siempre de su cel-

da, alabando á Nuestro Señor por la gran dulzura y afabilidad que tenía en su conversación, y particularmente en cosas arduas pedían su consejo, por tener muy seguro el buen acierto que habían de tener por este camino. Fueron muy devotos y bienhechores del siervo de Dios, el Señor Obispo Don Alonso de la Mota, gran príncipe y prelado, devotísimo de la Orden, y el oidor Bartolomé del Canal de Lamadrid, y el Fiscal del rey Don Melchor Ramírez de Pinedo, todos de ejemplar vida; y aunque es verdad que cansa siempre todo género de visitas, por el distraimiento que suelen causar á la vida manástica, admitía algunos, que no podía ser menos, por conocer que eran huéspedes discretos en despedirse, y no molestos ni cansados en detenerse mucho tiempo.

Tuvo cuidado, después de ciego, de oír misa y comulgar todos los domingos del año, en las fiestas del Señor y su Santísima Madre, y las de los santos de nuestra Orden, preparándose primero con mucho espíritu y fervor, confesándose con mucha humildad, cual otro publicano, reconociéndose ante su Divina Majestad y confesor, por grandísimo pecador y ingrátísimo siervo, á los divinos beneficios; y muchas veces decían sus confesores, que las más apenas le hallaron materia de culpa, y cómo la habían de hallar en un hombre cuya vida, conversación, trato y condición, eran más de ángel que de hombre! Acabada la confesión, lo llevaban á la iglesia, y oía en el altar de Nuestra Señora una misa rezada, y acabada, le daba el sacerdote la comunión; y después de la misa, habiendo hecho oración el tiempo que su gran flaqueza le daba lugar, le llevaba el novicio ó corista á la celda, y hacía le leyese un rato algún paso de la Pasión de Nuestro Salvador y Redentor, y luego le despedía y quedábase meditando en él, y dando gracias á este Divino Señor, contemplando en su bondad infinita y en la liberalidad que con los hombres usaba, haciéndolos participantes de la misa y soberano manjar; con que alentado su espíritu, se fortalecía, teniendo en su alma tal huésped, para ocuparse con celo en su servicio, y guarda de su santísima ley, y de nuestro apostolado.

CAPITULO CCLXX.

En que se trata cómo el siervo de Dios procuró siempre imitar á Nuestro Padre San Francisco, considerando la brevedad de la vida y teniendo presente la muerte.

Procuró siempre con grandes fuerzas y conato, imitar en todo y por todo al soberano Alférez de Cristo, nuestro glorioso padre San Francisco, y considerando la brevedad de la vida, repetía en muchas ocasiones, aquellas palabras que él decía para animar á sus hermanos al servicio de Dios, deshaciéndose de las cosas de esta vida: *Delectatio brevis, pena vero perpetua, eterna*: considerando que los gustos y contentos de ella espolean tanto á los mundanos á sus intereses, que pasando por ellos malas noches y peores días, no hacen caso de otra cosa, anhelando tras de lo que la sangre y carne piden, que todos ellos vienen á rematarse en muerte eterna; y que los virtuosos ejercicios, el observar los divinos mandamientos, el guardar la regla santísima que prometimos, tanto esfuerzan y ayudan, que ponen al hombre en la pacífica posesión de la gloria, donde comienzan los goces, mientras Dios fuere Dios. Consideraba, pues, este bendito padre, la brevedad de la vida, con cuán ligero paso vuela, los gustos y contentos de ella cuán sin pensar

San Gregorio en sus Morales, capítulo 12.

Qui considerat qualis erit in morte, semper pavidus erit, in operatione atque inde in oculis suis conditoris. El que considerare en la vida y estuviere bien, cual será en la muerte, siempre en sus obras y en sus pensamientos, andará temeroso y con recelo, como si dijera: siempre se vestirá de color de muerte, y le alma no pensará, ni los ojos verán, conque no se mortifiquen,

y así quedará todo en hombre renovado, y vivificado en Dios. Esta doctrina observó y guardó tan bien nuestro padre Luciano, que fué bien patente á todos los religiosos de esta provincia, que le conocieron y trataron, pues todos veían evidentemente, cuán mortificados tenía sus sentidos, cuán quitado estaba de las cosas de este mundo, cuán continuo era en la oración y contemplación, y cuán vigilante en la memoria de la muerte; pues en todas sus conversaciones trataba de la observancia de la ley de Dios y de nuestro estado, y que la muerte venía á paso largo acercándose. Decía: *miren padres, que ayer vivimos y que hoy somos, y mañana partimos*, y esto lo repetía con una voz tan devota, tan mortificada y tan sentida, que se echaba bien de ver cuán bien estudiada tenía esta materia, y cuán terrible era el trance de la muerte y peligroso, como lo dió á entender Aristóteles en el libro tercero de sus éticas, diciendo: *Terribilium omnium est mors*. La muerte espanta y atemoriza, y de todos los sucesos del hombre, el más terrible es el morir, y *lo más amargo la memoria de la muerte*, dice el Eclesiástico, capítulo 4.º. *O mors, quam amara est memoria tua.* ¡Oh muerte terrible cuán amarga es tu memoria! No al santo, no al justo, no á aquel que en la vida ha hecho buena prevención para la otra, sino *viro habenti pacem, in periculis suis*; al que de tal suerte vive en la vida, que no hay cosa que le dé cuidado, le inquiete, ofenda ni ponga á peligro en su hacienda, aunque ilícitamente la posea; al que vive casado con los bienes de esta vida y es una cifra de la ambición, procurando los oficios, dignidades y prelacías por modos ilícitos, quebrantando para tenerlos su estado y profesión. Al que de esta manera se acuerda de la muerte, cuidando sólo de sus gustos y poniendo en ellos la memoria, esto es sólo para apaciguarla, y así le amargará á su tiempo cuando la vea cerca. *Ecce in pace amaritudo mea, amarissima.* Por eso dice Isaías: ¿quién temerá la muerte, si la vida ha sido buena? ¿á quién le amargará esta hora, si en ella espera hallar el premio de sus trabajos? Nadie debe temerla, con fe, esperanza y caridad; antes el bueno la apetece de esta manera, y la desea con par-

ticularísimo gusto y contento, como dijo Casiodoro, sobre el salmo *Beatus immaculatus in via quis mortem temporalem metuat, cui aeterna vita promittitur. Quis labores carnis timeat, in perpetuam requiem non vere collocandum.* ¿Quién temerá á la muerte, habiéndole Dios prometido en ella la vida eterna, si es el que debe en la vida, y vive conforme á sus divinas leyes y aranceles de su estado, como lo hizo el siervo de Dios Fray Diego Luciano con tan gran cuidado, teniendo siempre delante de los ojos la memoria de la muerte, no divirtiéndose jamás de negocio tan importante, para caminar seguramente, sin tropezón de pecado, y irse acercando á este trance y deuda irrevocable de la muerte, para gozar de los premios eternos? Ayunaba todas las cuaresmas que Nuestro padre San Francisco ayunó, y el Adviento y Cuaresma, todas las vigiliias de Nuestro Señor y su Santísima Madre; y por mejor decir, ayunaba todo un año. Empezó, porque considerando su comer tan limitado, que no era más que un migajón de pan, y esto de veinticuatro en veinticinco horas, bien podemos decir con certidumbre, que ayunaba todo el año. Su dormir era muy tasado, porque siempre estaba en oración y contemplación, ó pagando la deuda del oficio divino, que era el que rezan los religiosos legos, que por estar ciego le señalaron éste los prelados; y lo rezaba con mucho cuidado, y sosiego, y devoción en un decenario de cordel acuñado. También rezaba todos los días el oficio menor de Nuestra Señora, y era puntualísimo en todo, cumpliendo con las obligaciones de su estado y profesión.